

SISA

**La niña kichwa de
la Amazonía**

SISA

La niña kichwa de la Amazonía

Oscar García y Kerstin Jonsson

Ediciones



2001

SISA. La niña kichwa de la Amazonía

Oscar García y Kerstin Jonsson

1era. edición: Ediciones Abya-Yala.
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: 506-247 / 562-633
Fax: (593-2) 506-255
e-mail: admin-info@abyayala.org
editorial@abyayala.org
Quito-Ecuador

Diagramación: Abya-Yala Editing

Diseño Portada: Raúl Yépez

Ilustraciones: Laura Savolainen

ISBN: 9978-04-739-5

Impresión: Sistema DocuTech
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, 2001

INDICE

SISA

La niña kichwa de la Amazonía

5

CABI

La capibara

27

ZULU

El monito barrigón

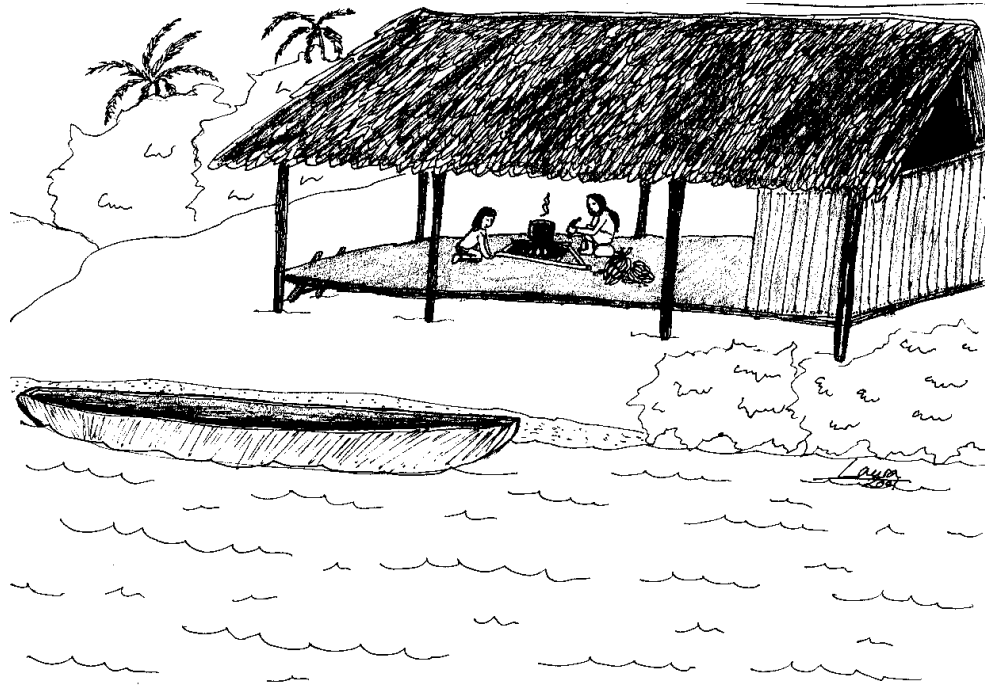
33

GUAYO

El guacamayo

39

SISA
La niña kichwa
de la Amazonía



Es sábado por la mañana en la selva amazónica. Los árboles se esconden en la niebla espesa. Hay humedad en el aire. El gallo de la familia Santi canta: ¡Ya salió el sol! Sisa salta de la cama. Ya huele a humo. Su madre está encendiendo el fuego en medio de la choza. Sopla con fuerza en las brasas.

“¿Puedes traer más leña?” le dice a Sisa, cerrando los ojos para que no le entre humo.

Sisa trae unas ramas secas y le ayuda a su mamá a colocarlas debajo de la olla. Allí adentro se está cocinando el desayuno: plátanos verdes. “Hoy vamos a ir a la chacra”, dice su mamá.

En la amazonía cada familia tiene su chacra. Allí cultivan yuca, plátanos, papaya y maíz. A veces las chacras quedan bien adentro en la selva.

La familia Santi comienza su viaje por el río antes de que el sol caliente demasiado. Todos van: la mamá, el papá, Pedro, Sisa, la pequeña Violeta, el perro y el lorito Tico. Viajan en una canoa que el papá ha hecho del tronco de un árbol.

Nadie se queda en casa. La gran choza con techo de paja donde viven no tiene paredes. Pero nadie se preocupa. En Boveras la gente confía en sus vecinos.

* * *

Sisa es kichwa. Su idioma materno es el kichwa. Pero ella habla también español. Los indígenas de la amazonía han tenido contacto con los mestizos desde hace mucho tiempo. Hoy los niños aprenden tanto su idioma como el español en las escuelas bilingües.

Sentada en la canoa Sisa va pensando en su tarea. Está preocupada. La maestra ha dicho que ella tiene

que hablar sobre un animal el lunes. ¡Qué problema! Sisa no encuentra de qué animal hablar.

“Violeta, dime el nombre de un animal” le dice a su hermanita.

“Perro”, dice Violeta.

“No”, dice Sisa. “De perro ya hablé otro niño.”

“Tico.”

“Tampoco. De loros ya habló otro niño.”

“Guanta”, dice su mamá.

Y entonces Sisa se alegra. Una gran sonrisa se dibuja en sus labios. Pero sólo por un momento. A decir verdad Sisa no sabe mucho sobre las guantas. Sólo que parecen conejos grandes con orejas cortas. Y que viven en la selva. Y que se cazan para comer.

El río sobre el que viajan Sisa y su familia es claro y pedregoso. A ambos lados se levantan árboles enormes cual si fueran muros. Se escuchan los silbidos de los pájaros, pero a ellos no

se los ve. Sólo a veces sale alguno volando de la vegetación, para atravesar el río o bien pararse en alguna de las ramas que cuelgan sobre los remolinos del agua.

Muchas familias viven a orillas del río. Sisa mira las grandes chozas y las canoas que, amarradas en la orilla, flotan sobre el agua. Las chozas están siempre en lo alto. Aquí llueve casi todos los días y el río suele desbordarse a veces.

“¡Adiós Sisa!” grita un niño desde la orilla. Es Víctor, el compañero de clase de Sisa que también tiene como tarea hablar de un animal.

* * *

Cuando llegan a su destino, el padre de Sisa y Pedro mantienen la canoa inmóvil junto a la orilla, mientras todos se bajan en orden. Al perro tiene que cargarlo Sisa en sus brazos. Sobre el hombro de su madre, el loro grita y sacude las alas.

“Papá, dime el nombre de un animal”, dice Sisa, corriendo al lado de su padre.

“Perro.”

“¡Otro!”

“Loro, guanta, vaca...”

Sisa está preocupada todavía. De perros y de loros ya hablaron otros alumnos. De guanta casi no sabe nada. Vacas nunca ha visto. No hay vacas en la selva amazónica.

Ya es hora de almuerzo cuando llegan a la chacra. La mamá de Sisa saca unos plátanos verdes cocinados

de una funda. Para acompañar la comida beben chicha de yuca. La chicha es para muchos aquí el sustento más importante.

Por la tarde trabajan todos en la chacra. La mamá de Sisa saca hermosas yucas de la tierra negra. Su papá corta los racimos de plátano. También hay unas papayas maduras que

pueden llevar. Sisa y Violeta le ayudan a su mamá, mientras Pedro baja las papayas.

Sisa no puede concentrarse del todo en el trabajo. No es cosa fácil sacar las yucas, y además todavía anda pensando sobre qué animal hablar el lunes en la escuela.

* * *

La familia Santi se queda a pasar la noche en la chacra. Así se hace cuando ésta queda lejos de la casa. Por eso han construido una pequeña choza junto a las plantaciones.

A las siete ya está oscuro y todos se acuestan. Sisa no ve nada, pero escucha muchas cosas interesantes. Millones de insectos hacen lo posible por llenar la noche con sus zumbidos. Y las ranas no quieren quedarse atrás. ¡Croac! ¡Croac! cantan. A lo lejos se oye también el rugir del trueno.

Todos se levantan al amanecer. Ya es domingo y al día siguiente tiene Sisa que hablar sobre un animal en la escuela. Su hermano mayor Pedro es-

tá sentado amarrando un anzuelo a una piola.

“Pedro”, bosteza Sisa. “¿Puedes decirme el nombre de un animal?”

Pedro mira el anzuelo y después a su hermanita despeinada.

“¡Pescado!” contesta.

“¿Pescado? ¿Cuál pescado?”

“Tilapia.”

Es difícil hablar de peces, piensa Sisa. Los peces ni siquiera tienen patas y además no hacen ningún ruido. Pero algo sabe por lo menos: La tilapia es un pez rojo. Un amigo de su papá que se llama Vicente tiene unas en una pecera. Pero, ¿basta con eso?

“¿No sabes el nombre de otro animal?” pregunta Sisa.

“¡Perro!”

No, no vale la pena seguir preguntando más. Sisa se decide por la tilapia, de ese pez va a hablar en la escuela.

De repente se siente muy feliz. Ya tiene un problema menos. Ahora sí

puede ayudarle a su mamá a soplar el fuego e ir a traer leña. Y para más tarde le esperan otros trabajos.

Su papá y el perro ya salieron a cazar. De seguro regresarán al mediodía. Pedro toma nada más un poco de chicha antes de irse al río a pescar. La pequeña Violeta se entretiene jugando con el loro Tico.

* * *

“Mamá, ¿qué sabes de las tilapias?” pregunta Sisa.

Madre e hija están escarbando en la orilla del río. Sacan pocos de barro pegajoso que van poniendo sobre unas hojas. Con este barro la madre hará mucahuas al regresar a casa, bellas vasijas adornadas donde se sirve la chicha.

“Son ricas las tilapias”, responde.

“¿Y cómo se cocinan?”

“Bueno, puedes hacer maito con ellas. Las envuelves con hojas y las pones sobre las brasas.”

“¡Miren!” grita Pedro con alegría. Está parado en medio del río, con el

agua hasta la cintura. “¡Cogí un pescado!”

“¿Una tilapia?” pregunta Sisa.

“No, esa no es tilapia”, dice su mamá. “Imposible. No hay tilapias en el río, sólo en las peceras.”

El pescado de Pedro va a parar pronto a una olla, junto con unas yucas y algunos plátanos verdes. Le da un sabor especial a la comida. Para la familia Santi es difícil conseguir carne. Solamente cuando el papá sale a cazar es que abunda, o cuando matan una gallina.

Pero hoy es un día afortunado. El papá regresa con un animal. Primero

viene el perro arrastrando la lengua. Después sale el cazador de la selva.

“¡Aquí hay algo!” dice dejando caer un sajino en el suelo.

Aunque el sajino ya está muerto parece peligroso con sus grandes colmillos blancos. Las cerdas que cubren su cuerpo son largas y duras.

La madre no pierde un minuto. De una vez le quita el cuero al animal, lo destaza y pone a ahumar la carne. El padre toma chicha y cuenta sobre su hazaña. “Por poco y nos quedamos sin perro...”

Pedro, Sisa y Violeta se sientan frente a él y escuchan con atención. La mamá oye también pero sin dejar de trabajar.

“Este animalito...”, dice señalando a su presa, “...estaba escondido detrás de unas matas. Pero cuando el perro se acercó y empezó a ladrar salió disparado. Yo sólo vi un rayo. Y escuché un gruñido. Casi se me cae la escopeta del susto... Pero cuando vi que iba persiguiendo al perro levanté la escopeta y ¡pum! Allí cayó. Ahora tenemos comida.”

* * *

Cuando la carne está ahumada la familia Santi agarra sus cosas y regresa a casa. Ahora el viaje por el río es más complicado. Van contra la corriente y es difícil avanzar a puro remo.

El río corre hacia el vecino país Perú. Se va mezclando con las aguas de otros ríos y quebradas y se vuelve cada vez más grande, hasta que al final llega a Brasil. Allí se encuentra con

más ríos y juntos forman el Amazonas, el río más caudaloso del mundo.

“¡Por allí!”, dice el papá de Sisa. “Un poquito a la derecha. ¡Cuidado con la piedra!”

Va parado atrás en la canoa, empujándola con una palanca. Adelante va Pedro con otra palanca. Su trabajo es meterla en el río para cambiar de rumbo y evitar las rocas.

“Papá”, dice Sisa, “¿puedes contarme algo sobre las tilapias?”

“No hay aquí en el río”, contesta su papá.

“¿Por qué?”

“No sé. Quizás se acabaron hace tiempo. Pero nuestro vecino Vicente puede saber. El tiene una pecera con tilapias.”

Al llegar a casa Sisa y su padre van donde Vicente. Lo encuentran sentado tejiendo una shigra.

Vicente es técnico agrícola. Cría tilapias. El sabe que no hay muchos peces en el río y que no es mala idea dedicarse a la crianza.

“¡Buenas tardes, Vicente!” dice el papá de Sisa. “Mi hija quiere hablar con usted.”

De repente Sisa siente vergüenza. No había pensado que a lo mejor tendría que hablar ella misma. Pero tiene que conseguir información para la tarea. ¡Tiene que hacerlo!

“Don Vicente...”, dice, “¿por qué no hay tilapias en el río?”

“Porque las tilapias no son de aquí de la amazonía”, contesta él. “En realidad son del Africa.”

“Y entonces ¿por qué hay aquí?”

“Las trajeron porque se reproducen rápidamente y es fácil criarlas.”

“¿Y por qué tiene usted tilapias?”

“Sí, es porque nosotros los indígenas amazónicos nos alimentamos mal. Casi sólo comemos yuca y plátano, o tomamos chicha, que también está hecha de yuca. Solamente comer yuca y plátanos no es bueno para la salud. Hay que variar la comida. Por eso todos deberíamos por lo menos sembrar hortalizas y criar tilapias.”

Mientras hablan, la esposa de Vicente les ofrece chicha. Así es siempre aquí. A cada casa que uno llega le dan chicha. Las mujeres tienen tinajas inmensas en la casa llenas de chicha. Cuando llegan huéspedes es nada más cuestión de sacar un poco y mezclarla con agua.

La chicha es una bebida fermentada. Las mujeres cocinan la yuca. Luego la machacan y mastican un poco. Pero no se la tragan, sino que la

echan de nuevo en la masa. La saliva hace que la yuca se fermente y que se produzca alcohol.

Pero por lo general se toma chicha fresca. Esta no tiene alcohol y se toma en vez de café, leche y colas.

* * *

Sisa y su papá acompañan a Vicente a ver la pecera donde él cria tilapias. Es un gran hoyo en la tierra. Dentro nadan un montón de peces rojos y gordos.

“¿Bonitas, verdad?” sonrío Vicente con orgullo.

“Sí, están gordas”, dice el papá de Sisa. “¿Qué comen?”

“Termitas”, explica Vicente, señalando unos troncos podridos llenos de termitas que están inclinados sobre la pecera.

“¿Y por qué no echa unas tilapias en el río?” se atreve Sisa a preguntar. “¡Así se llenaría el río de tilapias!”

“No, mi hijita”, dice Vicente. “Eso no se puede. El problema de la tilapia es que se come a los otros peces. Nunca se llena. Es glotona. Si se sueltan pueden matar a todos los peces de aquí.”

Sisa cree que ya tiene bastante información sobre las tilapias. Se sienta

sobre una piedra y saca un cuaderno y unos lápices de colores. Ahora quiere hacer un dibujo.

Hace un rectángulo y lo colorea con el lápiz azul. Es la pecera. Adentro dibuja muchos peces rojos.

Vicente tiene cuatro hijos. Todos están rodeando a Sisa para ver cómo dibuja. Ellos también acaban de dibujar, pero no en papel sino sobre sus propias caras.

“Si quieres te pintamos una tilapia en la cara”, dice Lisbeth, una compañera de clases de Sisa.

Eso le parece estupendo a Sisa. Pero ya se está haciendo tarde. Pronto va a oscurecer y nadie tiene electricidad en Boveras.

“No se puede”, dice. “Ya casi no se mira. Y así quizás vas a dibujar mal y me vas a llenar la cara de caimanes en lugar de pescados.”

“Sí se puede”, dice Lisbeth. “Es rápido. Tenemos el wituk ya listo. ¡Vamos!”

Todos se van corriendo para donde Lisbeth. Sobre un banco está una hoja con wituk y junto a ella está el palito que se ocupa de pincel.

Los kichwas de la amazonía sacan tinta negra de la fruta de un árbol.

Con ésta las mujeres se pintan el cabello. Y también la utilizan para dibujarse figuras en el cuerpo, sobre todo en la cara.

Lisbeth dibuja muy bien. En pocos minutos llena la cara de Sisa con peces muy bonitos, estrellas y líneas. Al día siguiente Sisa les mostrará los dibujos a sus compañeros.

* * *



Truena y llueve toda la noche. Por la mañana cae una llovizna. El gallo de la familia Santi canta: ¡Vuelve a llover!

Sisa está en su cama y se siente mal. Le duele todo el cuerpo.

“¡Sisa!” grita su mamá. “El fin de semana se acabó. ¡Tienes que ir a la escuela!”

“No me siento bien”, dice Sisa, con una voz que a penas se oye.

“¿Qué?” pregunta su mamá. “¿Qué dices, Sisa? ¿Que vas a irte corriendo al río para bañarte de una vez?”

“No, que no me siento bien”, repite ella. “Me duelen los huesos.”

La madre deja el fuego por un momento y va donde su hija. De lejos se da cuenta que la niña está enferma. Está triste i enroscada en la cama.

Cuando le toca la frente siente que está caliente.

“¡Pero si tienes fiebre!” dice. “¡Estás hirviendo!”

¿Y ahora qué hago? piensan Sisa y su mamá al mismo tiempo. Sisa está aflijida porque tiene que hablar sobre un animal en la escuela. Pero no tiene fuerzas ni para levantarse. La madre está preocupada porque la enfermedad puede ser peligrosa. No hay centro de salud en Boveras. Uno se puede morir por cualquier cosa.

“Vamos donde el curandero”, dice la madre. “¡Ojalá que esté en su casa!”

“¿Me voy a componer?” pregunta Sisa con cara de cansancio.

“Si el señor está allí te cura. Lo importante es que creamos en él.”

Los demás miembros de la familia ya se han levantado. Pedro irá a bañarse al río. El papá está preparando un trozo de carne de sajino para vendérselo a un vecino. Violeta juega ella solita.

El curandero no vive lejos. Por suerte sí está en su casa. Es un hombre viejo con un collar de dientes de jaguar rodeándole el cuello. Su choza



es muy sencilla, más sencilla que las demás. Del techo cuelgan unas hierbas y una culebra seca.

“¡Buenos días!” saluda la madre de Sisa.

“¡Buenos días tengas tú y tu hija!” contesta el curandero el saludo. “¡Y que estén bien todos nuestros ancestros!”

“Mi hija...”

“Sí, veo que está enferma”, dice él. “Y no es porque yo sea curandero, sino porque se nota de lejos.”

Según el anciano no es una enfermedad peligrosa. Probablemente Sisa está asustada o tensa por alguna cosa.

Rápidamente pone a cocer unas hierbas y le da el té a Sisa. Desde antes de tomárselo todo ella se empieza a sentir mejor.

“¡Gracias, muchas gracias!” dice la mamá muy feliz. “¿Cuánto le vamos a deber?”

Hasta la madre se siente bien después de la visita. Ella sólo ha hablado con el curandero, pero tal parece que sus palabras tienen algo mágico. El

anciano es tan tranquilo y seguro. No dice más de lo que necesita decir.

“Paguen lo que quieran”, dice.

“Tenemos carne de sajino. ¿Estará bien con un pedazo?”

“¡Sabroso es!”

“Ahora tenemos que apurarnos para que alcances a llegar a la escuela”, le dice su madre a Sisa. Madre e hija corren entonces por el camino lodoso.

* * *

La escuela de Boveras queda cerca del río. Repartidas en el monte que la rodea están las chozas de la gente. Antes de entrar a clase los niños hacen un círculo en el patio. Cada quien lleva una yuca o un plátano. Con eso un padre de familia prepara el almuerzo escolar.

Cuando Sisa llega a la escuela ya todos han entrado. Y todavía tiene que pasar por la cocina dejando su yuca. Le explica a la maestra que viene de visitar al curandero, que se despertó enferma pero que ya está sana. No hay problema, contesta la maes-

tra. Todavía no ha comenzado la clase.

“Hoy vamos a hacer así”, dice la maestra, dirigiéndose a todos los alumnos. “Primero, Sisa va a hablar de un animal. Después, yo les leeré un cuento sobre otro animal. Luego, Victor nos va a contar sobre otro animal. Y finalmente leeremos otro cuento. ¿Les parece bien?”

“¡Sí!” gritan todos los niños, ya que les encantan los cuentos.

“Bien”, dice la maestra. “Entonces: Sisa, ¿de qué animal nos vas a hablar?”

Las escuelas de la amazonía se parecen a las escuelas que hay en la ciudad. Se usan pupitres, pizarra, esferos y cuadernos. Pero en la selva las escuelas son más sencillas. Además los padres de familia no tienen dinero para comprarles a sus hijos todo lo que necesitan. Muchos alumnos no tienen ni zapatos.

Sisa tampoco tiene zapatos. Está nada más vestida con pantalones cortos y una camiseta. Pero tiene muchos dibujos bonitos en la cara. Se para. Siente como frío en el estómago.

“Yo voy a hablar de tilapias”, dice.

“¡Bravo, bravo!” dice la maestra, haciéndoles señas a los alumnos para que aplaudan.

“¡Miren!” grita un niño. “¡Sisa tiene tilapias pintadas en la cara!”

Sisa se alegra al escuchar los aplausos. Se siente más segura. Empieza diciendo que la tilapia no es de Ecuador sino que de Africa.

“¿Dónde queda Africa?” pregunta un niño.

“Queda cerca de Quito”, responde otro.

“No seas tonto”, dice un tercero. “¡Africa queda en Colombia!”

Desgraciadamente tampoco Sisa puede explicar dónde queda Africa. Apenas va al tercer grado y tanto no ha aprendido todavía.

“No, Africa no queda en Colombia”, dice la maestra. “Y tampoco cerca de Quito. Africa es un gran continente donde hay muchos países. Igual que América, el continente donde queda Ecuador.”

Para poder explicar mejor, la maestra va a otra aula a traer el mapa mundi. Sólo hay un mapa mundi en toda la escuela. Todos tienen que compartirlo.

“Pero ahora no vamos a seguir hablando de Africa”, dice, “sino de tilapias. ¡Continúa Sisa!”

Afuera en el patio andan unas gallinas. También se escucha un perro que ladra cerca del río. Unos niños que todavía no van a la escuela miran curiosos desde la puerta. Sisa ve que Violeta es uno de ellos.

Sisa continúa y le cuenta a sus compañeros que la tilapia nunca se llena, que es glotona, y que se puede

comer a todos los peces si se la suelta en el río.

Una niña levanta la mano. Tiene una pregunta.

“¿También comen gente?”

“Creo que sí”, dice Sisa un poco insegura. “Yo por lo menos no me bañaría en la pecera de don Vicente.”

Entonces explotan todos de la risa. El travieso de Victor hasta se cae de la silla.

Pero Sisa no se acobarda. Solamente se siente un poco caliente de la cara. Cuando todos se han calmado agarra aire y les cuenta cómo se asan las tilapias sobre las brasas. Y para cerrar con broche de oro les muestra el lindo dibujo que ha hecho, el rectángulo lleno de rojas tilapias.

Sus compañeros de clase dejan los pupitres y van donde está ella. Examinan sorprendidos el dibujo del cuaderno y también los que tiene en la cara.

La tarea está terminada. ¡Lo ha logrado!

La maestra toma el dibujo de Sisa y lo pega en la pared. La felicita y les

dice a los demás que Sisa ha hecho una tarea muy buena. Ha buscado información. Así deberían hacer todos.

“A mí hasta se me antojó un maito de tilapia”, les dice. “Hasta siento el olor en el aire... Creo que mañana haremos una minga para construir una pecera para la escuela.”

“¡Sí!” gritan todos. “¡Así vamos a tener tilapias para el almuerzo!”

Cuando los indígenas quieren hacer algo grande hacen una minga. Eso significa que muchas personas se unen y trabajan juntas. El que organiza la minga les da chicha y consigne música. Así construyen veredas en medio de la selva y celebran grandes fiestas religiosas.

La maestra saca un librito de cuentos. Todos se tratan de animales salvajes que viven en un criadero en lugar de vivir en la selva. Ella misma los ha escrito, ya que en la escuela casi no hay libros.

“Ahora les voy a leer el primer cuento”, dice. “Siéntense. Se trata de un animal que se llama capibara. ¿Lo conocen?”

“No”, dicen varios alumnos. “¿Qué es?” “¿No lo conocen? ¡Dios santo! ¡Pero si la capibara es de aquí! Entonces tienen que escuchar con atención este cuento. Se llama: Capi, la capibara...”

* * *

El salón de clases está caliente como casi todos los días. Sólo cuando llueve se pone el aire un poquito frío. Temprano había llovido, pero ahora brilla el sol sobre Boveras. La maestra está sudando, igual que sus alumnos.

“Bueno”, dice. “¿Les gustó el cuento sobre el roedor más grande del mundo?”

“¡Sí! ¡Sí!” gritan todos. “¡Capi es muy graciosa!”

“¿Quiénes de ustedes han visto una capibara?”

Sólo algunos levantan la mano. La verdad es que la capibara, al igual que el tapir, la anaconda, el jaguar y otros animales típicos de la amazonía se están extinguiendo. Están desapareciendo al mismo ritmo con que desaparece la misma selva. Si no se les protege, pronto existirán nada más en zoológicos y disecados en los museos.

La maestra quiere que los niños conozcan a los animales que viven en la selva que les rodea. Y que sepan por qué es que están desapareciendo.

“Cuando Victor haya presentado su animalito vamos a leer el cuento del mono huérfano Zulu”, dice la maestra. “Y si alcanzamos podemos leer uno sobre un guacamayo que no puede volar.”

“¡Léalos ahora, por favor!” piden los niños.

“No”, dice la maestra, “después de Victor. Ahora le toca a Victor presentar un animal. El tiene de seguro algo interesante que decir.”

Victor es hijo del mejor cazador de Boveras. Acostumbra acompañar a su papá cuando él va de cacería. La caza, la pesca, la cerámica y la pintura con wituk son cosas que los niños kichwas aprenden directamente de

sus padres. A menudo se le ve a Victor con aves y otros animales que él mismo ha cogido.

“¿De qué animalito nos vas a hablar?” pregunta la maestra.

Que los mismos alumnos cuenten cosas es algo nuevo en la escuela. Anteriormente estaban sólo sentados escuchando al maestro, hora tras hora, día tras día y año tras año. Era bastante aburrido. Pero ahora tienen la oportunidad de hablar.

“¡Yo voy a hablar de éste!” dice Victor al tiempo que pone un caimán de cincuenta centímetros sobre el pupi-

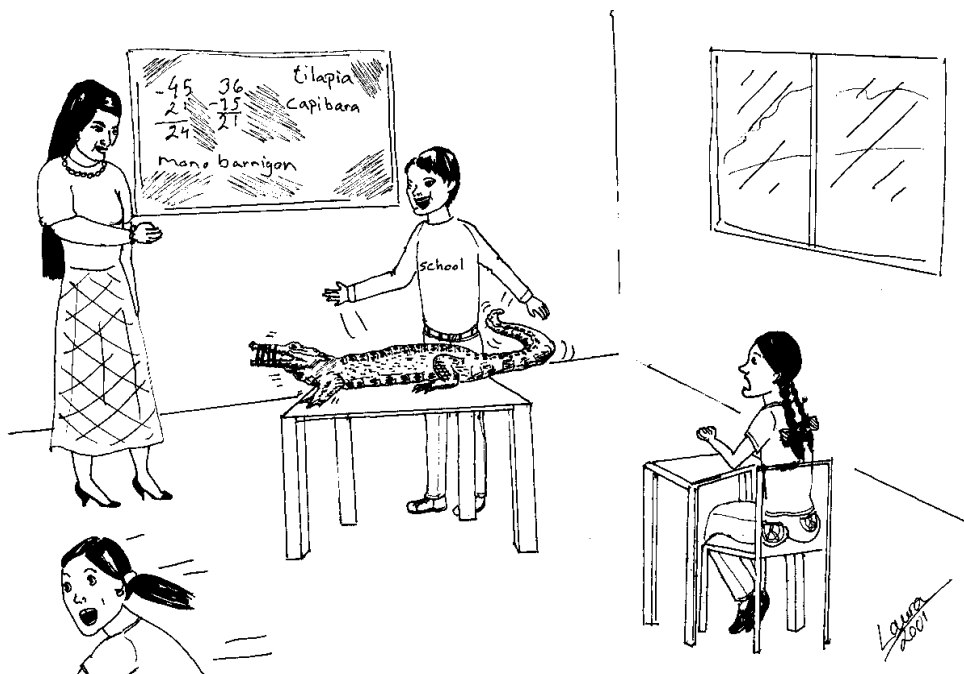
tre. El animal mueve las patas y la cola tratando de escaparse.

Sisa y Lisbeth son las primeras en salir huyendo del salón. Ellas eran las que estaban más cerca de Victor.

“¡Ay, ay, ay, un caimán!” grita Sisa. “¡Socorro! ¡Me quiere comer!”

“¡No, me quiere comer a mí! ¡Ayuda!” grita Lisbeth.

Detrás de ellas corren los demás alumnos. Algunos gritan y otros ríen. Esferos y cuadernos caen al suelo. Sólo hay una puerta, así que todos se empujan.



El salón de clases queda vacío en un par de segundos. Adentro se quedan nada más el travieso de Víctor y la maestra. “¿Pero qué haces?” le pregunta la maestra, enojada pero también asustada. “¿Por qué traes un caimán vivo a la clase? ¿No te das cuenta que puede ser peligroso?”

“No, si no es peligro”, contesta Víctor. “No puede morder. Esos miedosos no tienen por qué salir corriendo como locos. Mi papá me lo prestó para que yo lo mostrara en la clase. ¡Pero antes le amarró el hocico con una piola!”

* * *

Poco a poco regresan los alumnos. Vienen hablando y bromeando entre sí. Ya no están tan asustados. Alguien les ha dicho que el caimán está amarrado por el hocico. Pero de todas formas entran con cuidado.

char los dos cuentos que la maestra les ha prometido. Y eso le agrada a ella. Significa que los niños quieren aprender más sobre los animales que viven en la misma selva que ellos habitan.

El pequeño cazador Víctor no tiene mucho más que decir. Le parece que basta con mostrar un caimán vivo y de paso asustar a sus compañeros de clase. Pero la lección no ha terminado. Los alumnos quieren escu-

La maestra saca su libro y se lo da a Víctor.

“Bueno” dice. “Como no has hablado mucho más que tu caimán, entonces puedes leer el cuento. Se llama: Zulu, el monito barrigón...”

* * *

No es fácil para Victor leer “Zulu, el monito barrigón”. El cuento es un poco largo para él. Pero por suerte recibe ayuda de Lisbeth. Entre los dos logran leerlo.

“Y...”, les pregunta la maestra a todos cuando le han devuelto su libro. “¿Les gustó el cuento?”

“¡Sí! ¡Sí!” dicen los alumnos. “¡Lea otro!”

“¿Pueden decirme por qué Zulu vive en un criadero y no en la selva?”

Sisa levanta la mano.

“Un cazador mató a su mamá.”

“¡Bien!” dice la maestra. “¡Bien! Algo que no es de nuestra cultura le arruinó la vida a Zulu. ¿Verdad? Porque a su mamá le dispararon con una escopeta. Y la escopeta es un invento de la ciudad.”

Para los animales es realmente un problema que existan fusiles y otras cosas modernas. Pero no sólo la vida animal está amenazada por los inventos de la ciudad. Las mismas tradiciones de los kichwas también pue-

den desaparecer. Por supuesto, ellos no están en contra de todo lo nuevo. Por ejemplo usan motores en sus canoas, cuando tienen dinero para comprarlos. Pero quieren seguir hablando su idioma, trabajando en sus chacras y tomando su chicha, así como siempre lo han hecho.

El problema es que la gente de la ciudad y su modo de vivir se acerca cada vez más a los territorios indígenas. Entonces hay riesgo de que lo viejo desaparezca y quede olvidado. Las empresas petroleras ensucian los ríos. Las madereras cortan los árboles. Y algunas gentes de la ciudad menosprecian a los indígenas sólo porque son indígenas.

Pero los kichwas piensan luchar por su cultura. Es por eso que Sisa y sus compañeritos aprenden kichwa en la escuela y es por eso que se sienten orgullosos de pintarse con wituk. “Yo tengo un mono”, dice un niño que tiene la mitad de la cara pintada de negro. Sobre el pupitre ha colocado un vaso de cerámica donde guarda los lápices.

“Yo también”, dice otro. “No tiene nombre, pero desde ahora se va a llamar Zulu.”

Aquí es común tener animales salvajes como mascotas. La gente tiene monos, tortugas, perezosos y hasta algún caimán. Aunque lo que más hay en las casas son loros y guacamayos de todos los colores.

“¿Alguno de ustedes tiene un loro o un guacamayo?” pregunta la maestra.

Todos levantan la mano. Hasta los niños que están mirando desde la puerta.

“El último cuento que vamos a leer se trata precisamente de un guacamayo”, dice la maestra. “Se llama: Guayo, el guacamayo...”

Afuera se escucha un sonido muy conocido. Es la gritadera de un grupo de loros que pasa volando.

* * *

Mientras la maestra lee “Guayo, el guacamayo”, los alumnos piensan en sus loros. Casi sienten ganas de salir corriendo a casa para rascarles el cuello, así como lo hizo Maya con Guayo.

“¡Y esa fue la historia de Guayo!”, dice la maestra cerrando su libro. “¿Qué les pareció? ¿No es maravilloso que aprendió a volar?”

“¡Sí! ¡Sí!” dicen todos. “¡Es maravilloso!”

“¿Y qué les gustó más del cuento?”

Los niños piensan un momento. No es tan fácil responder a la pregunta. Finalmente levantan la mano tres alumnos. Son Lisbeth, Victor y Sisa.

“¡Que Maya le ayudó a su amigo!” dice Lisbeth.

“¡Y que no se fue volando con los loros!” dice Victor.

“¡Y que Guayo aprendió a volar!” dice Sisa.

La maestra se ve muy satisfecha. Los niños entienden de verdad el significado del cuento. Ellos saben que

es una historia de solidaridad, de ayudarse unos a otros, de comprender y aceptar a los demás. Y saben también que es una historia que nos recuerda que no hay sueño que no se pueda realizar. ¡Solamente hay que luchar!

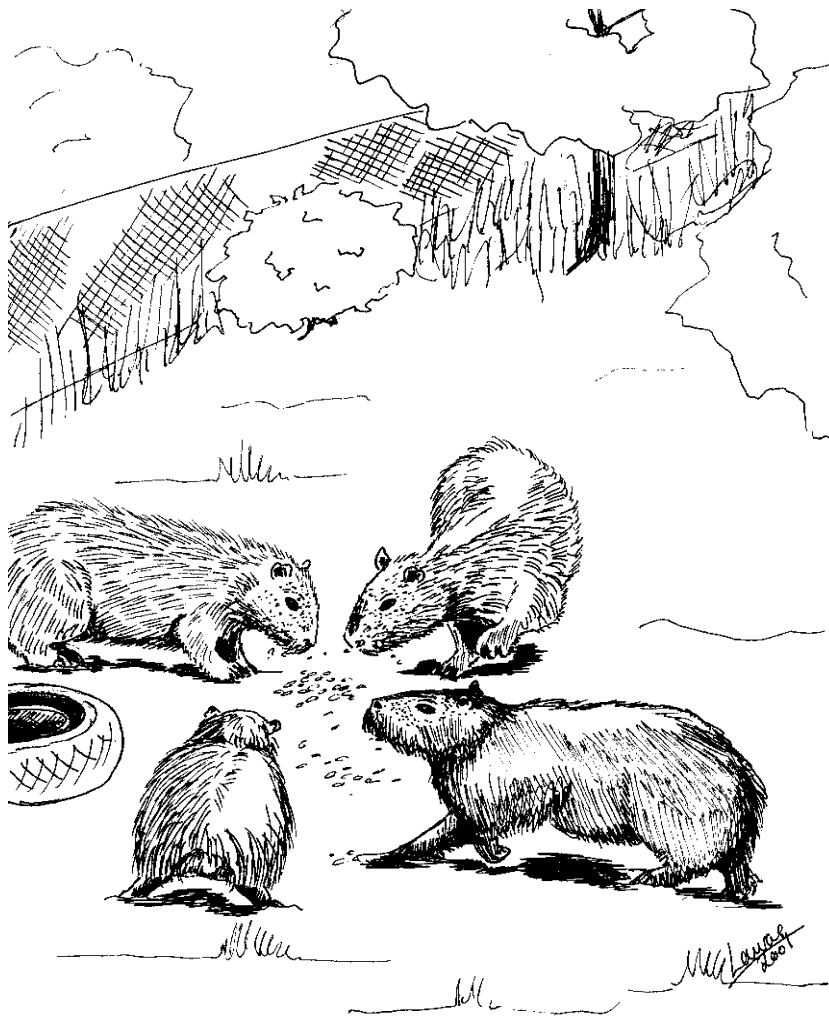
Lo mismo sucede con los kichwas de la amazonía. Ellos quieren que su antigua cultura sobreviva. Es como un bello pájaro que quiere volar.

“Y ahora creo que haremos como Guayo”, dice la maestra mientras mira su reloj. “Ya es la hora de la colada. ¡Volemos todos hacia afuera!”

Los libros se quedan descansando sobre los pupitres, mientras los niños mueven sus brazos como si fueran alas. Y así, uno tras otro, salen volando al verde patio que rodea la pequeña escuela de Boveras.



CAPI La capibara



Capi es una linda capibara del Ecuador. Vive con su mamá Capitana y tres hermanos en un gran corral. Comparten el lugar con otras madres y sus hijos. Todas las crías tienen el mismo padre, un macho grande y fuerte que se llama Capibarón.

En el corral hay una laguna verde donde los capibaras se bañan por las tardes, mientras el lagarto Juancho los mira con disimulo.

Pero aún es de mañana y hay muchas cosas por hacer. Pedro el guardián trae la comida. Capi y sus hermanos corren hacia él, para ver qué cosas sabrosas trae hoy. Son hierbas y hojas. Y también la comida favorita de Capi: ¡Maiz!

Capi es un roedor, como los conejos, los cuyes y las guantas. Se les dice así porque roen, o mordisquean, con sus grandes dientes incisivos. Los capibaras son los roedores más grandes del mundo. El papá de Capi pesa sesenta kilos, casi lo mismo que Pedro el guardián. Y mide cincuenta centímetros de altura.

Capi pasa el resto de la mañana jugando con sus hermanitos y des-

cansando en la sombra. Hace calor. El corral donde viven queda en el Centro Fátima, el criadero de animales amazónicos que la organización indígena OPIP tiene en el Puyo.

“¡Despierta, Capi!”, dice uno de sus hermanitos. “¡Llegan unos turistas!”

A Capi le gusta que le tomen fotos. Sabe que los turistas siempre quieren llevarse un bonito recuerdo de los animales amazónicos. Una niña se acerca y le acaricia la cabeza. Los capibaras del criadero son mansos y no le tienen miedo a la gente.



Es hora de dar un paseo. Todos los capibaras van en fila india a recorrer el corral. Sólo hay uno que no puede ir: Capulín. Capulín es macho y según las reglas de los capibaras solamente puede haber un macho adulto en el grupo. Si Capulín se acerca, Capibarón lo puede morder con sus grandes dientes.

Todo está tranquilo en el corral. No hay jaguares ni anacondas peligrosas. El único animal depredador de los capibaras, o sea animal que se los puede comer, es el lagarto Juancho que vive en la laguna verde.

Los primos de Capi viven en la selva. La vida allí es más difícil que en el corral. Los indígenas cazan a los capibaras para comérselos. Y además

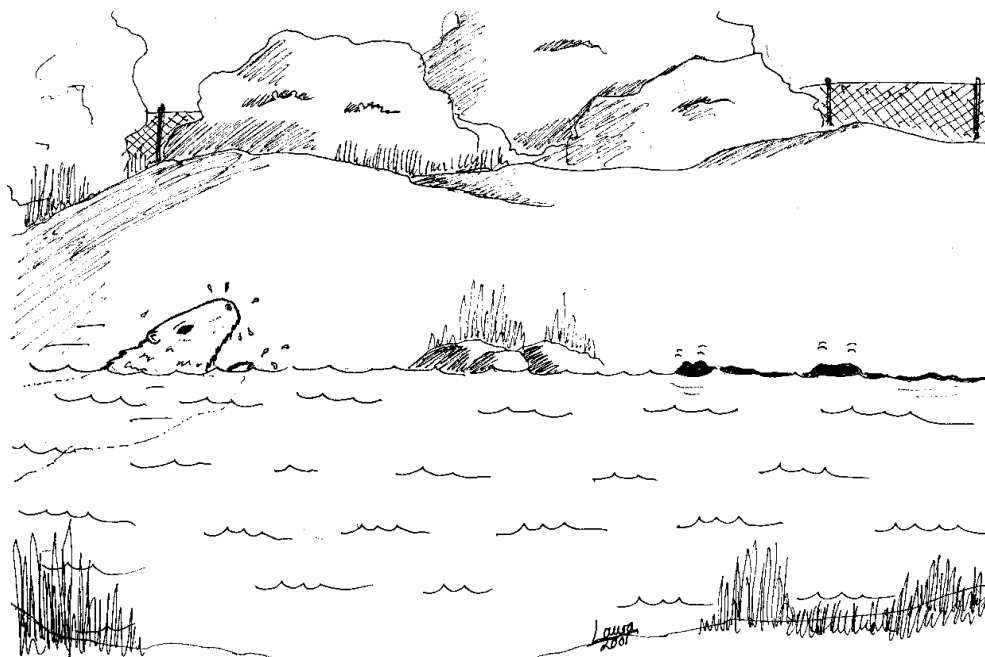
la selva está desapareciendo porque las grandes compañías petroleras y madereras talan los árboles. Por eso ya no hay tantos capibaras silvestres.

“¡Vamos a bañarnos!”, grita la mamá de Capi, y todos los capibaras se tiran al agua con alegría.

Es rico bañarse, y también saludable. Capi es una gran nadadora. Las patas de los capibaras tienen membranas entre los dedos, que les sirven para nadar y para caminar en terrenos pantanosos.

A Capi le gusta mucho bañarse. No se da cuenta que los demás capibaras han salido ya del agua. Se queda sola en la laguna verde. Juancho la mira y sin hacer ruido se desliza dentro del agua.





“¡Cuidado Capi!”, grita Capulín desde la orilla. “¡Cuidado con el lagarto!”

Capi se da vuelta y mira las narices de Juancho, que se acercan rápidamente. Le da mucho miedo. Sin pensarlo dos veces, Capi se sumerge. Y cuando sale de nuevo ha alcanzado la orilla. Pero todavía corre peligro, pues Juancho ha llegado a la orilla también.

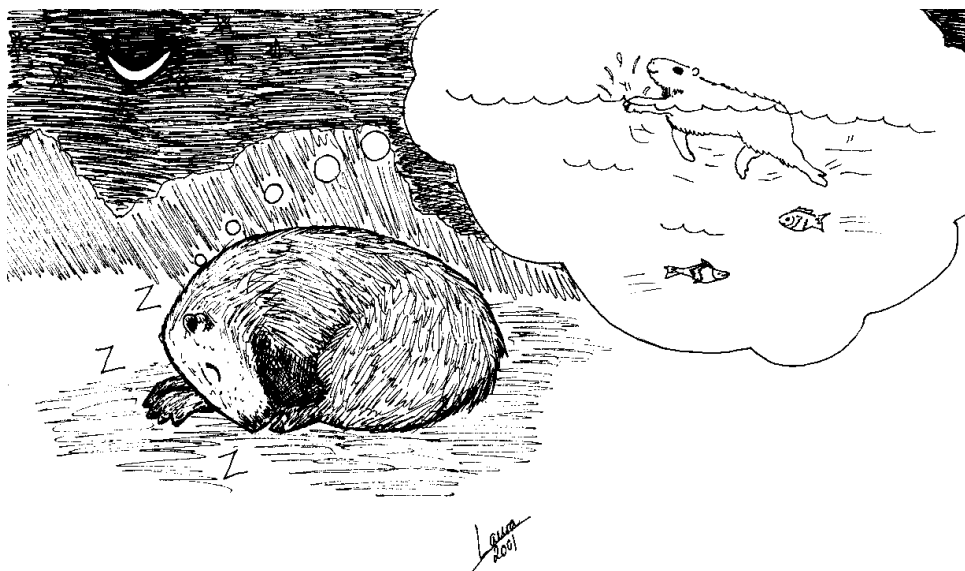
“¡Mamá!”, grita Capi, pero su madre no la escucha porque todos los capibaras están lejos de allí.

Juancho abre la bocota, mostrando sus dientes filosos. Y la pobre Capi cierra los ojitos...

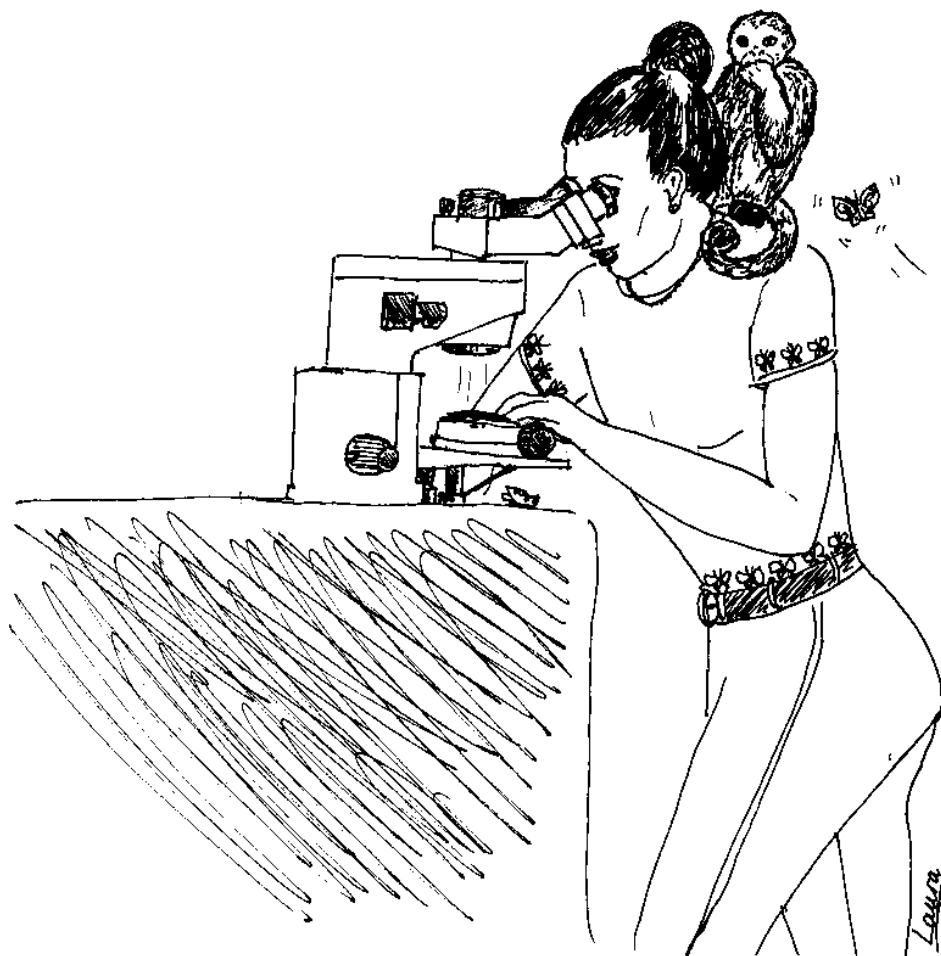
Entonces se oye un gran ruido en el agua: ¡Plosh! Es Capulín que se ha zambullido. Y ahora es Juancho quien se asusta y huye como canoa a motor por la laguna.

En la noche, los capibaras duermen bajo los arbustos. Pero Capi está despierta. No puede dormir por el miedo.

“No te preocupes, Capi”, le dice su mamá. “Al lagarto Juancho le dan comida aquí. Seguramente quería sólo jugar contigo”. Y entonces Capi se duerme contenta y feliz, soñando que se baña con sus hermanitos en la laguna verde.



ZULU
El monito barrigón



Zulu es un mono barrigón. Así se les llama a estos monos porque tienen el estómago grande y redondo como pelota. Un día lo llevó un campesino al Centro Fátima del Puyo, que es un criadero de animales amazónicos. El pobrecito había quedado huérfano. En la selva un cazador había matado a su mamá.

Desde que llegó al Centro Fátima, Zulu se encariñó con Lucero, la joven bióloga que estudia mariposas. Ella se convirtió en su nueva mamá. Mientras Lucero mira huevos de mariposa en el microscopio, Zulu está

sobre su cabeza o sentado en su hombro.

Zulu es de color café. Le gusta mucho recorrer la casa buscando arañas que comer. Se sube también a los árboles, junto con los otros monos que viven allí. Se agarra de las ramas con su larga cola, y a veces se queda colgado de ella.

“¡Ven Zulu, vamos a jugar!” le dicen sus amigos.

Los monos se divierten saltando sobre los hombros de los turistas, aunque estos a veces se asustan y gri-



tan. Hay un mono grande, ágil y juguetón que se llama Marcus. El es de otra especie. Su juego favorito es quitarle la comida a los otros animales.

En un descuido Marcus le quita el pan a Zulu y se va saltando por los árboles.

“¡Marcus, regérame mi pan!”, grita Zulu, pero Marcus se aleja más y más.

Como tiene hambre, y sabe que el pan es suyo, Zulu decide perseguir al ladrón. Pero Zulu está demasiado pequeño para esos juegos. Tiene sólo seis meses y un mono barrigón es niño hasta los dos años de edad. Cuando él se sube al primer árbol, Marcus ha saltado ya hacia el quinto.

“¡Zulu!”, dice Lucero, saliendo de su cuarto. “¿Dónde estás? ¿Dónde se habrá metido ese monito? Es hora de que coma su guineo”.

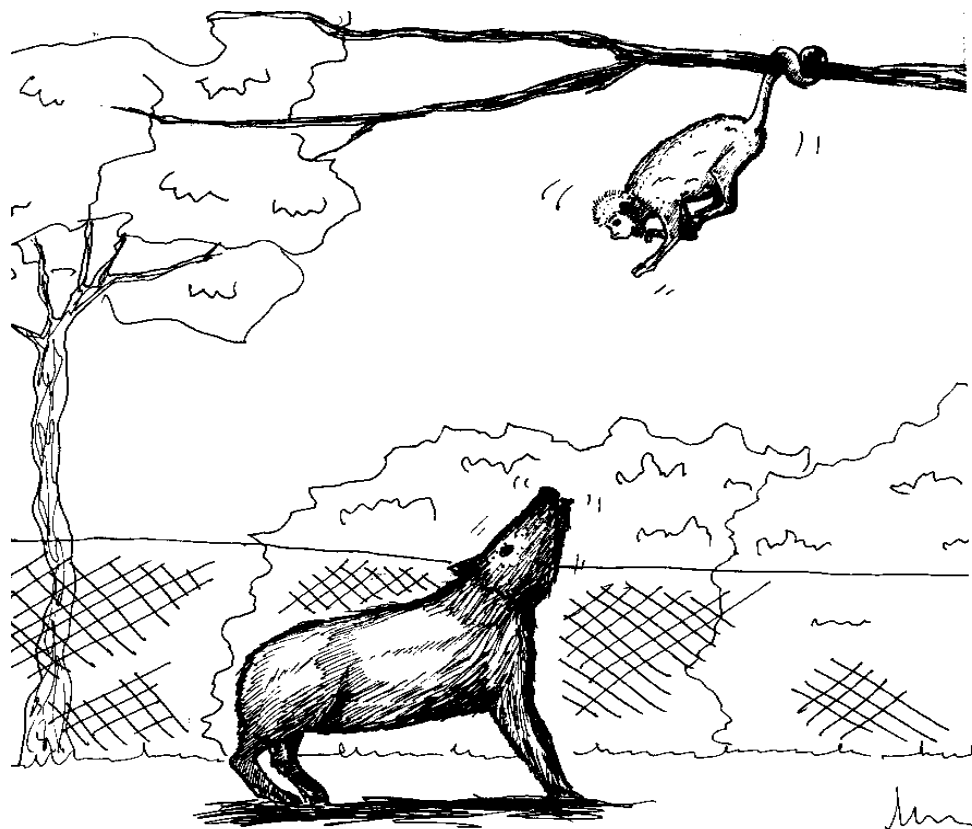
Pero Zulu anda bien arriba en los árboles, persiguiendo a Marcus. De repente se da cuenta de que ha trepado demasiado. Le da miedo la altura. Desde la rama en que está parado mira casi todo el terreno del Centro Fátima: la laguna del lagarto Juancho, el corral de los capibaras, los criaderos de caracol y la casa de los encargados. Chilla pidiendo ayuda, pero nadie escucha allá abajo. ¿Dónde estará Lucero?, piensa con lagrimones en los ojos.



Zulu comprende que nadie va a subir al árbol para ayudarlo. Es hora de comida y todos los animales y la gente están ocupados comiendo. Tiene que bajar solito. Se agarra con una mano de una rama y con la cola de otra, y después coge otra rama con una de sus patas traseras. Es fácil. A pesar de que no es tan ágil co-

mo Marcus, Zulu puede moverse con facilidad.

Llega hasta las ramas más bajas, que están en el corral de los pecaríes o sajinos. Estos animales se parecen a los chanchos que la gente tiene en sus casas. Pero los sajinos tienen el cuerpo cubierto de duras cerdas, y además viven libres en la selva amazónica.



Los sajinos que están en el Centro Fátima han nacido aquí, pero son bravos como los que viven en la selva. Aun más a la hora de comer. No les gusta que venga ningún monito a molestar.

“¿Qué haces allí?”, pregunta Jacinto Sajino muy enojado. Se le erizan las cerdas de la espalda sólo de ver al intruso.

“Estoy colgado de una rama”, responde Zulu, suspendido en el aire cabeza abajo, agarrándose con la cola.

“Sí, pero ¿por qué estás colgado de una rama que está sobre nuestro corral?”, pregunta Jacinto Sajino.

“Porque soy un mono barrigón”, dice Zulu y se suelta, cayendo parado en el suelo.

Entonces Jacinto Sajino se acerca enfurecido. Tiene unos dientes tan grandes y fuertes que de una mordida podría romperle los huesos a Zulu.

“¡Lucero!”, grita Zulu, pero quien aparece no es Lucero, sino Marcus, el mono ladrón de comida, pero de buen corazón, que ha regresado para ayudar a su amigo.

Marcus corre alrededor de Jacinto Sajino y salta sobre su lomo, al tiempo que grita: “¡Súbete al árbol, Zulu. Vamos. Rápido. Súbete!”

Zulu salta pero no alcanza la rama. Hay otros monos que saltan muy alto, pero no los monos barrigones. Y los gritos llaman además la atención de los otros sajinos que se acercan corriendo.

De repente cae un poco de maíz en el corral. “¡Comida!”, grita alguien. Y todos los sajinos se olvidan de los monos por irse a comer. Marcus aprovecha para mostrarle a Zulu el camino para salir. Afuera los espera Lucero con un balde vacío.

“¿Qué pasó, Zulu?”, le pregunta a su monito. “¿Por qué te fuiste? Te estuve llamando para darte tu guineo”.

“Es que Marcus me quitó el pan”, trata de contarle él, señalando al otro mono.

Entonces Marcus corre a la chozita donde los turistas se refugian cuando llueve, y al regresar trae algo escondido detrás de la espalda.

“Perdona”, le dice a Zulu, dándole lo que trae. Es el pan.

GUAYO

El guacamayo



Guayo es un guacamayo de largas plumas rojas. Nació en el hueco de un árbol de chonta en la selva amazónica, a treinta metros de altura. Allí era libre y feliz. Estaba aprendiendo a volar.

Pero un día llegó un hombre y le tiró una piedra, lastimándole una de sus alas. La idea del hombre era vender a Guayo en la ciudad. Muchos guacamayos son raptados en la selva. La gente los coge de los nidos cuando son pichones. Quieren tenerlos en sus casas como mascotas, como si fueran perros o gatos. Y algunos son vendidos y luego sacados ilegalmente del país. Es un grave problema, ya que los guacamayos ponen solamente dos huevos por año.

A Guayo lo encontró un agente de la policía dentro de una funda. Lo habían escondido debajo del asiento de un bus. El policía le dió agua y galletas, y lo llevó al Centro Fátima del Puyo, que es un criadero de animales silvestres amazónicos.

Rápidamente Guayo hizo amistad con los otros animales que viven allí. En especial le encanta ver volar a los otros guacamayos. Observa con aten-

ción como extienden sus bellas alas y se lanzan desde las ramas, cruzando el aire. El también quiere volar.

Guayo ya tiene edad para volar. Su pico es grande y fuerte como tenaza, sus plumitas se han vuelto plumotas, y pesa casi un kilo, que es lo máximo que puede llegar a pesar un guacamayo. Pero no puede, pues desde chico tiene el ala izquierda lastimada.

“¡Vamos, inténtalo!”, lo alienta su amiga Maya, que es una bonita guacamaya de cola azul y pecho amarillo.

Ella lo espera en una rama. Y Guayo, parado en otra, se agacha y mueve los hombros varias veces. Titubea... Vuelve a mover los hombros... Titubea... Hasta que agarra valor y se suelta. Pero no vuela sino que cae en la rama de abajo, con las alas extendidas, y tiene que agarrarse con el pico para no terminar en el suelo.

“¿Cuántos metros volé?”, pregunta entusiasmado.

“Veinte centímetros”, dice Maya. “¡Mañana volarás treinta!”

Es la hora de la merienda. Ruth, la encargada del Centro Fátima, trae

pan para todos los guacamayos. En la selva los guacamayos comen frutas y semillas, pero en cautiverio aceptan también pan. Maya se lanza desde la rama y aterriza a los pies de Ruth. Y Guayo siente otra vez deseos de volar.

Como siempre, Guayo tiene que bajar del árbol caminando por el tronco. A los guacamayos y a los loros se les conoce como aves trepadoras, porque trepan a los árboles y pueden caminar sobre las ramas. Suerte para Guayo. Si él no fuera un ave trepado-

ra no podría subirse jamás a los árboles con su ala lastimada.

Por la noche llueve. Todos los guacamayos amanecen mojados. Pero de repente sale el sol. Así es el clima en la región amazónica, lluvia y sol todo el año, lluvia y sol. A Guayo le gusta que llueva, porque entonces Maya se acerca a él. Y cuando sale el sol ella le ayuda a limpiarse las plumas.

“Hoy tienes que volar por lo menos treinta centímetros”, dice Maya, mientras le rasca el cuello con su pico.

Guayo no contesta. Tiene los ojos cerrados. Se siente tan a gusto con las caricias de Maya que casi se ha dormido. Sueña que vuela por las nubes.

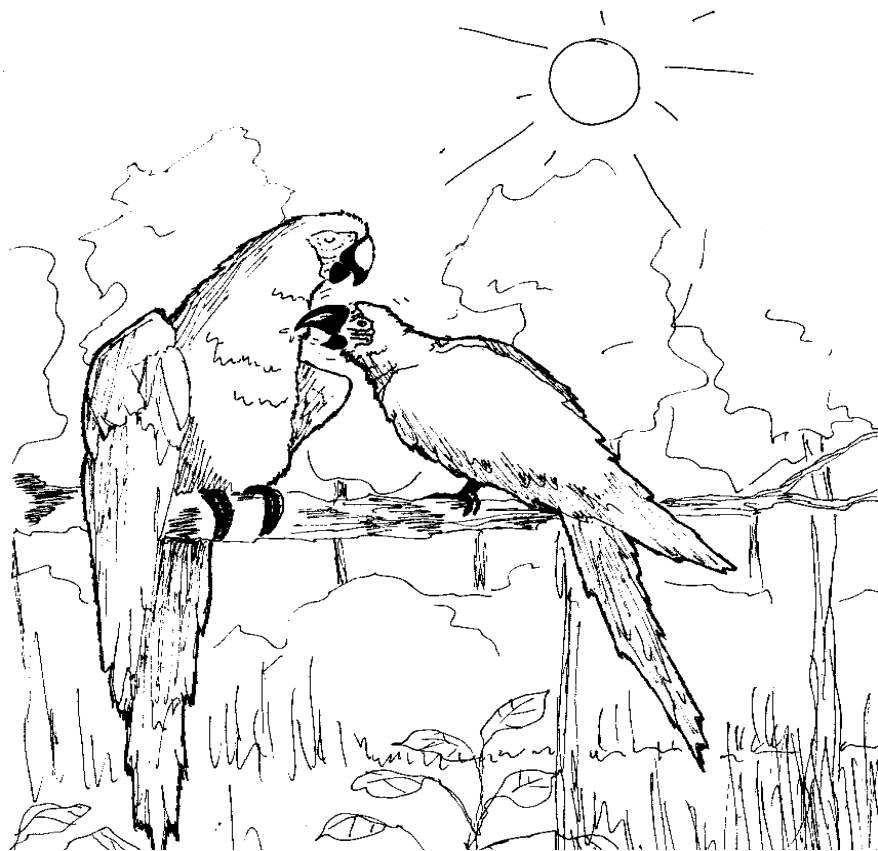
“Si no aprendes pronto a volar me iré con los loros verdes que pasan gritando todas las tardes por aquí”.

Ahora sí escucha Guayo. Y abre los ojos.

“¡No, por favor!”, dice. “Tú no puedes irte con los loros y dejarme solo”.

“Estoy bromeando”, dice Maya. “Los loros y los guacamayos somos





animales diferentes, aunque nos parecemos mucho. No podría irme con ellos”.

En realidad es fácil distinguir a un loro de un guacamayo. Los guacamayos, o papagayos, además de ser más grandes y coloridos que los loros, no tienen plumas alrededor de los ojos.

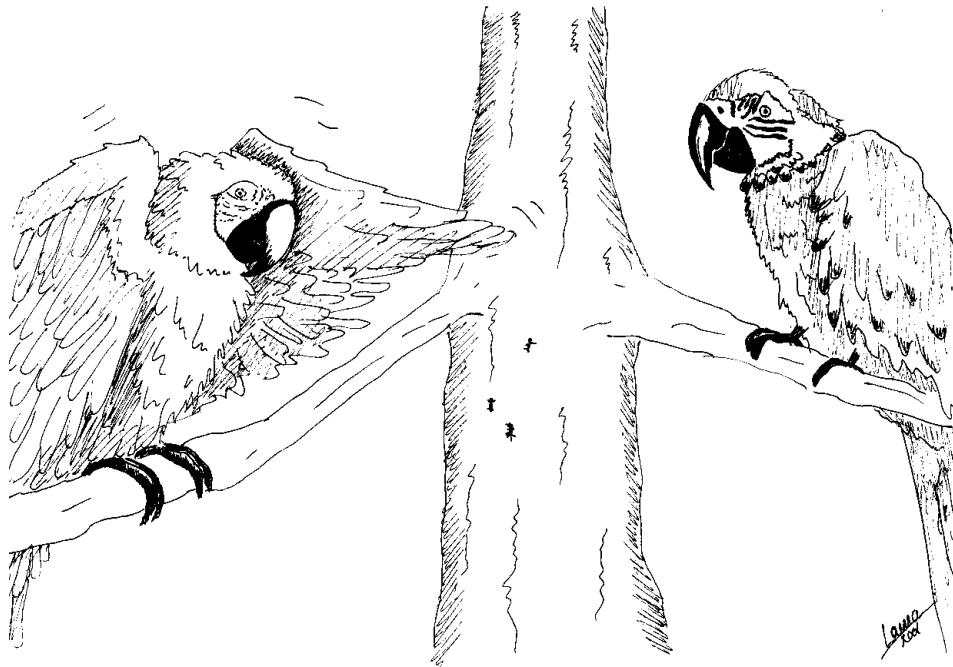
Desgraciadamente cada vez hay menos guacamayos en la selva. La gente los persigue para fabricar adornos con sus bellas plumas, para comérselos y para venderlos como mascotas. Y además los guacamayos sólo tienen una pareja en su vida. Así que si alguien mata o rapta a uno de ellos, seguramente el otro miembro

de la pareja se quedará solo para siempre. No podrá tener nuevas crías.

Ya las plumas de Guayo están completamente secas y limpias. Brillan en el sol. Parada en una rama,

Maya lo espera con impaciencia. Tiene un plan secreto para hacerlo volar.

A lo lejos aparece una pequeña nube verde. Se va acercando y cambiando todo el tiempo de forma. Son



los loros gritones que van para la selva. Cuando pasan sobre el Centro Fátima, Maya abre sus alas y vuela también.

“¡Espérame!”, grita Guayo desde su rama, porque piensa que Maya lo va a dejar.

Maya se posa en la rama de un árbol cercano y un momento después llega Guayo hasta allí. Los dos guacamayos se miran. Luego se ponen a reír.

“¡Volé!”, dice Guayo, sacudiendo sus alas con alegría.

